

ALEAGUARA

Alejandro Gándara

Las puertas de la noche



ALFAGUARA

Alejandro Gándara

Las puertas de la noche

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo. A los que van a morir](#)

[El día corriente](#)

[Muriel](#)

[Mujeres después de una esquina](#)

[La hermana de Muriel](#)

[Niebla](#)

[Palabras como piedras](#)

[En la sala de máquinas](#)

[Visitación](#)

[Preparativos para el dolor futuro](#)

[Cena y fuga para tres](#)

[Alfredo Munguía](#)

[Justicia contra consuelo](#)

[Sunt lacrimae rerum](#)

[Plenitud negativa](#)

[Parole...](#)

[Este cuento no es chino](#)

[Viaje con Alfredo, despedida](#)

[Los que viajaron y regresaron](#)

[Aprender es recordar](#)

[El desahuciado hace shopping](#)

[Otra niebla](#)

[Océano](#)

[Lo que no fue no será](#)

[Despedidas](#)

[Alfredo se vuelve](#)

[La muñeca en el jardín](#)

[De un país a otro](#)

[La máquina del cielo](#)

[Sin gloria y sin vencidos](#)

[Una muerte inmortal](#)

[Iris, mensajera, casada con el viento](#)

[En el lugar de reunión](#)

[Halcón dorado, cabeza de Fénix](#)

[Julia, al pie de una escalera](#)

[Motas de polvo, tropa de ángeles](#)

[Epílogo. A los que van a vivir](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

A Iris, para quien su madre pidió este libro.

Veo las puertas del día y de la noche con sus goznes,
en torno de ellas dintel y umbral de piedra, infinitos,
etéreas ellas mismas, y a cal y canto como un cofre ce-
rradas por Diké, la diosa de múltiples castigos.

Poema, PARMÉNIDES

Prólogo

A los que van a morir

Estamos aquí, en este mundo, para saber por qué estamos aquí. No cabe otra razón. No hay mejor razón. Sentido de la vida y objeto de la existencia: nacemos para conocer. Y vamos creciendo. La flecha del tiempo es la flecha del conocimiento. Flecha: lo que atraviesa. Pero no es lo que se sabe, no es lo que se puede aprender, ni lo que decimos, ni lo que creemos. Es lo que sentimos. Es el sentido que sentimos: sentimiento. Lo que nos atraviesa.

Nos preguntamos para qué sirve conocer. ¿Y quiénes somos nosotros, los que se preguntan? Nosotros somos los que van a morir. Los que van a morir en un universo que permanecerá cuando nos hayamos ido y que nunca entenderemos del todo. De modo que hay una respuesta: el conocimiento sirve para aprender a morir y el conocimiento sirve para distinguir lo que podemos llegar a saber de aquello que no sabremos nunca. Lo primero nos quita miedo. Lo segundo ahorra dolor.

Pero no es más que una búsqueda.

Búsqueda: la flecha siempre está en el aire. Parte de muy atrás, es anterior a nosotros. Y se hunde en la oscuridad mucho antes de caer. Cruza el espacio (sólo ahí la divisamos) igual que nosotros recorremos el camino que llamamos vida.

El conocimiento es pues un camino. Que no tiene principio, que no tiene final. No dice de dónde venimos, no dice adónde vamos. Sí, él ni va ni viene de parte alguna, pero si no lo emprendemos somos nosotros los que no vamos a ninguna parte.

Hay cosas que aprender: el camino no lo hacemos solos, en el camino no estamos solos. Hay que fijarse, mirar afuera. Mirar al lado.

Canto y camino tienen una raíz antigua y común (*oimos*, *oimê*). Aunque no son la misma palabra, sólo se reúnen. ¿Cantar es el camino?

El canto sale de nosotros, pero no es nuestro: son palabras aprendidas, notas ya inventadas, memoria. Una voz que es de todo y de todos.

Todos necesitamos una confirmación exterior de que merecemos existir. Por eso nos cantan al nacer, al morir, al amar.

El arte del camino no es el de llegar. Es el de confiar en que el camino nos alcance allí donde no llegaremos nunca.

A veces no entendemos. Quizá entonces no haya nada que entender. Escucha esas palabras que son música. Muévete.

Aparecerán imágenes. Vienen de dentro, pero nos asaltan como fieras. Somos sus creadores, pero también sus criaturas. Su alimento.

Por este sendero se alcanza el cielo o el infierno. Y de esa forma comienzas a llevar contigo el cielo y el infierno. Verás ambos.

Algunas imágenes se esfuman deprisa. Otras permanecen y nos vemos andando por ellas. Las primeras son fantasmas; las segundas, ideas.

Las ideas son tuyas para siempre, pero tienes que darlas. Si no las compartes, se esfumarán también. Y tú serás su fantasma.

Usar las palabras para alcanzar la idea y luego, con determinación, alargar la mano y rozar el mundo con la punta de los dedos.

No hay más. Es todo. Tocar por un momento, ver lo que se ha tocado. Y seguir andando el camino.

Claro que hay dolor. Pero el dolor nos apega a la tierra, dice dónde estamos, nos orienta, pone precio justo a las cosas.

«La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia.» Nada de cuentos, pues. Un poco de silencio.

Pero no nacemos solos, no morimos solos, no nos consolamos solos. Fíjate: hay que conseguir no hacerlo más difícil.

La felicidad no es placer ni éxtasis. Es poder ver juntos el sufrimiento y la dicha. Es la visión de lo que no debe estar separado.

Distinguir dolor y daño. El dolor pertenece a la vida. El daño es lo que hacemos con el dolor.

Si ves demonios, te llevarán de los pelos al infierno. Si ves ángeles, al cielo. Ten cuidado con lo que miras. Más aún con lo que ves.

«El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer qué y quién, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.» (Italo Calvino).

El día corriente

Antes de abrir los ojos, ya pesan en los párpados todas las cosas por hacer y la escasez de tiempo para hacerlas. Un peso que es una pesadumbre: acción más relojes.

Desayuno con mi mujer entre ocho y media y nueve. Debería ser un tiempo de placer, es decir, algo sin plazos opresivos, pero lo es a medias, todo lo que hay que hacer mira a escondidas, intacto: trabajo en casa. No es raro que hablemos de mis hijos, ya adentrados en la veintena, independientes. Ella los cuidó durante años, cuando no era mucho mayor que ellos ahora. Han creado su propio vínculo. Incluso he sido ligeramente desplazado, el viejo de la casa que además trabaja en casa. Hago cálculos sobre mi relación con ellos a partir de la frecuencia de los encuentros, pienso en la última vez que los vi.

No es raro tampoco que hablemos del hijo que deseamos. Andamos en ello. No está resultando fácil. Ella es joven y yo paso de los cincuenta. Veo la posibilidad cerca y lejos. Lejos, porque el futuro ya no es para mí una expectativa, sino una arbitrariedad que se descargará como un meteoro. Cerca, porque el deseo es un parásito, y porque el deseo de mi mujer está aquí.

Le pregunto cuándo regresará y contesta que a la hora de siempre, o sea, cuando le deje su trabajo directivo en una cadena multimedia. Podríamos salir a cenar. El problema es que se haga tarde, que llegue tarde. Al hablar de la noche, el día se comprime un poco más. Las tareas se mueven en espacios más pequeños, se aprietan, se asfixian.

Salimos juntos. Yo, con el perro. Siento que la media hora de pasearlo me la roban. Me la roba el chucho de mi tiempo escaso. Sé que no tendría que ser así, el rato podría

aprovecharse para calentar ideas. Pero en el debate sobre el robo y el beneficio se pasa la media hora. Últimamente se ha introducido otro factor: el perro empieza a ser viejo. Verifico su energía, sus cacacas, el principio de artrosis en la pata trasera izquierda. En las equivalencias con lo humano, el animal tiene casi setenta años. Debería concentrarme en los momentos con él. Ha sido un buen perro, y no valdrá echarlo de menos cuando sea tarde.

Lo primero es escribir el blog para el periódico. No parece la mejor táctica. La mejor sería disponer de las horas despejadas para lo más creativo, la mejor para mí, quiero decir. Pero me resulta más urgente echar lastre, tachar obligaciones. Es una urgencia poco práctica. Racionalmente considerada, es una perturbación en la dinámica del día. Escribir tan temprano para un periódico es abrirle todas las ventanas al mundo, un frío con las sábanas del sueño aún pegadas al cuerpo. Pero yo lo he elegido y sé todo lo que hay que saber sobre esa elección. ¿Qué me impide escribir el blog en los lapsos marginales? Incluso es probable que fuera más exitoso. No se trata de una oda ni de un ensayo. Criticas, opinas, disparas a ciegas o al bulto. El error, la extremosidad, la gratuidad forman parte de sus atractivos. Pim, pam, pum. Y a correr.

Tardo aproximadamente entre hora y hora y media en que acabe colgado en la página. Pero antes también ha supuesto tiempo de lectura, es un blog de libros. Sobre el mundo del libro, aunque con frecuencia sobre el mundo de las palabras.

Cuando llega el momento de mi libro, del libro que suelo estar escribiendo, noto el umbral de otra temperatura. Podría no escribir libros, pero lo hago por equilibrio intrapsíquico, además de por un extraño sentimiento del deber, porque no puede dejar de hacerse. A menudo cuento los años que pasaron desde que se publicó el último. Una contabilidad de la vida eficiente que contradice lo del equilibrio. Frágil cristal, el anhelo.

Una brusca pereza: regresar del mundo, entrar en tu mundo. A ver qué tenemos entre manos. A ver si lo siento.

A ver de cuánto tiempo disponemos. A ver qué decíamos ayer. Bien, empezemos de cualquier manera o no habrá modo de empezar. ¿Parezco tener prisa? ¿De dónde viene esta prisa? Adelantar es lo que importa. Una página, y si son dos, perfecto. ¿Y si no llego a media página? ¿Será tiempo bien empleado? Por cierto, la clase de por la tarde está aún por rematar. La clase —que es lo que viene después del blog y del libro— ¿anda ya metida en mi libro? Todavía intentando escapar del blog y ya llegan noticias del futuro inmediato.

Escribo durante una hora. Quizá durante dos. Pongamos hasta tres. ¿Será suficiente? Sale una página entera, digamos. Entonces, podría decirse que he cumplido. Quizá me ponga a rematar la clase y si sobra tiempo, vuelvo al libro. Pero si todo está yendo bien, ¿por qué parar? Aunque nunca se sabe hasta qué punto la clase está fabricada. Es imposible saberlo hasta que no se echa el vistazo final.

En efecto, soy profesor. Soy profesor en la Escuela Contemporánea de Humanidades, un centro de altos estudios dedicado a la creación, a la creación relacionada con las palabras, no sé explicarlo muy bien, la verdad. El que quiera puede llamarlo una escuela de creación literaria y luego ver qué pasa. El caso es que nos concentramos en las palabras y en concreto en las palabras de los libros, y también en las palabras de los que van allí, las escritas y las habladas. Lo que ocurre es que hay palabras en todas partes, no sólo en los cuentos y en las novelas, y de muchas clases, no sólo las que pueden leerse o escribirse o decirse. Las hay en la física cuántica, en la filosofía, en los espacios, en las imágenes, en los sentidos. También en el silencio de lo que no se dice o de lo que no puede decirse: sí, ésas también son palabras. Así que tocamos la física cuántica, la filosofía, los espacios, las imágenes, los sentidos, lo inefable. En realidad, buscamos. Sin saber qué vamos buscando, ni ganas. Al final, las mejores palabras y las que más nos gustan son las que no pueden decirse. Quizá porque son más cálidas. O porque no son de nadie. Total, que ése es un camino que no acaba y que tampoco se agota en las palabras. Y en

el que el paisaje cambia. No siempre he tenido yo tan claro lo oscuro. Así que voy andando. Por ejemplo, este libro que estoy escribiendo ahora mismo sirve de palanca, este libro que estoy escribiendo y en el que ya se está metiendo la clase que tengo que preparar más tarde. Es natural, pienso ahora, que la clase se meta en este libro cuando lo estoy escribiendo.

Soy feliz dando clase, aunque sería más justo decir que soy feliz dando clase sobre las palabras que no pueden decirse. Pero aún me falta mucho para dar clases *sólo* sobre las palabras que no pueden decirse. Eso me gustaría. Quién sabe.

Bien, pongamos que ya he parado de escribir el libro que tiene que ver con la clase o de rematar la clase que tiene que ver con el libro. Son las dos de la tarde. Es hora de irse a correr. Siete u ocho kilómetros. A los cuarenta y cinco decidí volver a esta rutina, después de una juventud competitiva y una primera madurez derrotada. Tuvo que ver, supongo, con la necesidad de otro principio, con probar las fuerzas...

Ducha y comida. Siesta breve, pero obligatoria, la jornada será larga. Acabará cerca de medianoche. Hay que reservar y reponer energías. Las prolongaciones y los excesos se pagan.

Hacia las cuatro empiezan las horas de lectura. Alrededor de tres: para las clases, para el blog, para mi libro. Ignoro si las necesito tan a diario, incluidos fines de semana, pero sé que de ellas dependen las clases, el blog, el libro. Si faltan, si se alteran, también faltan y se alteran en la imaginación las clases, el blog, el libro. Necesito ese cómputo acaso por encima de su productividad inherente.

Hacia las siete cojo la moto para ir a la Escuela. Utilizo variantes de trayecto hasta la Colonia de El Viso, en la parte alta de Serrano, en Madrid. Veinte minutos. Los veinte minutos me los tomo a pecho, no me gusta que sean más, y me alegro tontamente cuando son menos. Aunque suelo ir con tiempo de sobra. El reto de los minutos me permite arriesgar un poco, dar caña a la máquina, concentrarme en

el tráfico y en las maniobras, fundir el físico con el carenado, aligerar la mente. Hacer el gilipollas.

En la clase, una sensación de desahogo. Echo fuera todo lo que he ido acumulando con trabajo. Lo dejo ir. Me dejo ir quizá por primera vez en el día. Me digo que nadie tiene que ir a parar a ninguna parte. Los alumnos son gente experimentada, profesores, escritores, creadores ya no tan jóvenes. También se desahogan.

Nos despedimos hacia las diez y media u once. En el regreso, sin tráfico, vuelve la urgencia, meterse en la cama, despertarse pronto. Aunque cuando llegue, empezaré a dar vueltas, encenderé la televisión, miraré el correo, la agenda, y sin darme cuenta estaré adelantando el día de mañana, contando las horas que me esperan y me preguntaré si no tengo otra forma de hacer las cosas, qué tiempo se oculta en ese tiempo ocupado, adónde voy tan consciente de mi prisa. Porque lo cierto es que los días pasan rápido, increíblemente fugaces.

Días distintos, pero el mismo viaje por las horas. Tal vez el mismo miedo. Quizá en todos los viajes haya miedo. Tememos morir sin volver, tememos irnos para nada, tememos regresar sólo por cansancio.

Y sin embargo, estoy seguro de que hay viajes sin miedo. De hecho, este libro se escribirá porque algo ha cambiado ya, porque algo está cambiando, porque algo, al final, habrá cambiado.

Muriel

Sucedió en aquel año, mejor dicho, en aquella época que duraría un año exacto, mientras cumplía los cincuenta. Casi un lustro desde entonces. Era mediados de abril y Muriel había pedido una tutoría. Alumna del máster en la Escuela, estaba terminando su segundo y último curso y se le reconocía un talento considerable. Había llegado de Buenos Aires con treinta y cuatro años y un notable currículum de periodista, un deseo (algo fanático, como en la mayoría